

Los homicidios en el Brasil: Un análisis de género y diversidad



www.paho.org/genero_etnicidad

Los homicidios en el Brasil: Un análisis de género y diversidad

Elaborado por Harpa Isfeld

Introducción

La violencia interpersonal, tanto en el seno de la familia como en la comunidad, es uno de los problemas de salud pública más serios del Brasil. El homicidio es a todas luces la forma más devastadora de violencia interpersonal, especialmente en cuanto al costo que la pérdida de una vida representa para las personas, las familias y las comunidades. Las repercusiones de los homicidios desde el punto de vista de la salud pública son de muy largo alcance, incluidos los costos sociales que entraña la pérdida del potencial económico y reproductivo de las personas, a menudo asesinadas en la etapa más productiva de sus vidas [1]. La violencia también aumenta el costo de los servicios de salud y de seguridad, afecta el valor de las propiedades, desestabiliza el desarrollo económico y de las comunidades, perturba los servicios sociales y socava la gobernanza [2]. Además, la violencia —y, especialmente, los homicidios— aumenta la angustia psicológica y la ansiedad, así como las tensiones sociales, y con frecuencia genera más violencia y un comportamiento social anómalo [1].

El Brasil registra una de las tasas más elevadas del mundo de homicidios en la población en general [3] y en los jóvenes [4]. En los años noventa, cuando el país alcanzó algunos de sus valores más altos de homicidios, las tasas de muertes en algunos sitios¹ fueron más de 50 veces más altas que en el Reino Unido y Japón [1]. Los homicidios son la tercera causa de muerte en el Brasil, y constituyen la mayor amenaza a la vida de las personas entre los 10 y los 59 años de edad [5]. El país ha visto aumentar su proporción de decesos por causas externas de muerte y violencia, que los funcionarios de salud

¹ Basado en datos sobre las ciudades de São Paulo y Recife.

Definición de homicidio

Según la Clasificación Internacional de Enfermedades de la Organización Mundial de la Salud (Décima Revisión), los homicidios son muertes que resultan de una agresión infligida por otra persona, que tenía la intención de lesionar o matar. Los homicidios no incluyen las muertes que se producen en cumplimiento de la ley (es decir, una muerte a manos de agentes de la policía o las fuerzas militares) o durante una guerra o una insurrección civil.

Las muertes causadas por agresión también se distinguen de otras denominadas muertes por “causas externas”, como las lesiones autoinfligidas intencionalmente (suicidios) o los accidentes, aunque a menudo estas causas se agrupan bajo el término “defunciones violentas”, en particular cuando se analizan los efectos de los cambios socioeconómicos sobre la salud pública. Si las autoridades médicas o jurídicas no cuentan con información suficiente para determinar si una muerte se produjo por accidente, autoagresión o agresión, esta se clasifica como “caso de intención indeterminada”.

Todos los homicidios se clasifican además de acuerdo con los medios utilizados (por ejemplo, arma, sustancia u objeto) para llevar a cabo el homicidio. Además, los homicidios pueden codificarse según el lugar donde se hayan cometido, la actividad de la víctima en el momento de su muerte o, de ser pertinente, pruebas de que el hecho pudiera haberse consumado bajo los efectos del alcohol [4].

pública consideran parte de una tendencia común en la mortalidad en las naciones más desarrolladas: la denominada “transición epidemiológica” [1]. En contraposición a lo que se observa en muchas naciones desarrolladas, donde los suicidios y los accidentes de tránsito representan la mayor proporción de causas externas de muerte, los homicidios y los accidentes de tránsito son las causas más comunes en el Brasil [6].

Al igual que en muchas otras sociedades, existen en el Brasil patrones claramente diferenciados de victimización de los hombres y las mujeres. En pocas palabras, en el caso de los hombres, la probabilidad de que la violencia termine en muerte es mayor que para las mujeres, mientras que estas padecen más lesiones producto de la violencia. Además, las minorías raciales y las personas que viven en condiciones de pobreza registran tasas claramente mayores de victimización violenta que los “blancos” y los más pudientes. Estas observaciones por sí solas demuestran la necesidad de realizar un análisis de género y de diversidad más minucioso para comprender mejor las razones de riesgo de homicidio entre los brasileños. Es poco probable que las instancias normativas y los planificadores procedan a hacer cambios de fondo a favor de los más afectados por la violencia en el Brasil sin considerar cabalmente las normas sociales, las funciones y los ideales que definen las condiciones, experiencias, comportamientos y relaciones entre las víctimas y los autores de los homicidios. El análisis que se presenta en este estudio de casos considera algunos de los factores sociales de riesgo de homicidio e involucramiento en la violencia, a fin de mejorar la sensibilidad y eficacia de las políticas y los programas por medio de un enfoque multisectorial y de salud pública para la prevención.

Fuente y calidad de los datos

Los datos presentados en este estudio de casos se derivaron del Sistema de Información sobre Mortalidad (SIM) que administra el Ministerio de Salud del Brasil. El Ministerio de Salud es responsable de recopilar la información sobre las causas de muerte a partir de los certificados de defunción. Los certificados son expedidos por el Registro Civil en cada concejo municipal y compilados por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística [8]. El Ministerio de Salud asigna la causa de muerte según los criterios definidos en la Décima Revisión de la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE-10) (véase el recuadro de la página 1 para conocer la definición de homicidio de esta clasificación).

Los datos incluyen el número de homicidios, las tasas crudas de prevalencia y las tasas de prevalencia ajustadas por edad para hombres y mujeres brasileños, por región y estado, del 2001 al 2007. Además, los datos desglosados por sexo permiten hacer comparaciones adicionales por edad y grupos raciales. Para la elaboración de los gráficos se realizaron cálculos y manipulaciones menores de los datos, por lo que cualquier error u omisión es exclusiva responsabilidad del autor.

La calidad de los datos de mortalidad depende de la atribución exacta de las causas de muerte, que pueden verse afectadas por factores metodológicos o de procedimiento, la complejidad de los factores causales para algunas condiciones o factores sociales que introducen un sesgo en la atribución de la causa. En algunos casos, la información puede resultar insuficiente para imputar con exactitud la causa de muerte. La CIE-10 permite clasificar algunas defunciones como muertes debidas a “causas mal

definidas y desconocidas de mortalidad”. Sería razonable pensar que los homicidios no identificados pudieran ser una fuente sustancial de defunciones en esta categoría. Por consiguiente, una mejor identificación de las causas de muerte puede incrementar la calidad de los datos sobre homicidios.

El SIM del Brasil ha mejorado en cuanto a la proporción de decesos atribuidos a causas mal definidas, que descendió de 15,1% de todas las muertes en 1996 a 12,4% en el 2004 [5]. La calidad de las estadísticas sobre las causas de muerte en el Brasil varía considerablemente por región, sobre todo en relación con su integridad y la proporción de defunciones clasificadas bajo causas mal definidas. Las regiones con datos de baja calidad tienden a ser también aquellas con los niveles socioeconómicos más bajos y las medidas de salud más deficientes. Las regiones Norte y Nordeste han notificado tasas relativamente elevadas de muertes por causas mal definidas en comparación con las regiones Sur, Sudeste y Centrooccidente [9]. No obstante, las mejoras que en los últimos años ha realizado el Ministerio de Salud en la recopilación de datos ha permitido reducir considerablemente la proporción de muertes por causas mal definidas en las regiones Norte y Nordeste, de 13,4% en el 2004 a 9,5% en el 2006 [9]. Por consiguiente, el número de decesos por causas desconocidas es menor.

Los homicidios pueden identificarse con mayor claridad que otras causas comunes de defunción, como las enfermedades crónicas que presentan etiologías complejas. Sin embargo, dado que los homicidios son la consecuencia de un comportamiento criminal que acarrea castigos severos, también pueden ser notificados de forma intencionalmente errónea como un accidente o simplemente no ser notificados. Los perpetradores de los homicidios no son los únicos interesados en ocultar la muerte o sus causas; también los testigos y la familia o los amigos de las víctimas pueden optar por no informar de los homicidios por temor a las represalias del autor del crimen.

La probabilidad de que un homicidio se denuncie, oculte o deje de identificarse como tal puede depender de las desigualdades sociales existentes en la sociedad y la condición de la víctima y el perpetrador en cuanto a género, etnicidad, raza o ingreso. Ciertas subpoblaciones corren un mayor riesgo de ser víctimas de homicidios ocultos, es decir, cuando la muerte pudiera no identificarse nunca como asesinato. Por ejemplo, en un estudio que comparaba las características de las muertes violentas entre hombres y mujeres en una ciudad brasileña de mediano tamaño, se obtuvieron pruebas de la existencia de un sesgo de género que puede haber producido un número erróneamente menor de mujeres asesinadas. El estudio permitió determinar que los certificados de defunción se cumplimentaban de forma más completa cuando la víctima era un hombre, mientras que los expedientes de las muertes de mujeres eran menos completos, por lo que sus defunciones se clasificaban más

Fuentes de sesgo en datos sobre homicidio

La calidad de los datos se ve afectada no solo por los métodos de recopilación o las limitaciones de acceso a la información, sino también por las influencias sociales y sistémicas sobre la medición de homicidios; o sea, si las muertes se cuantifican como homicidios. Por ejemplo, el número de defunciones que llegan a la atención de las autoridades puede reflejar las características del sistema de justicia penal, mientras que las muertes que se cuentan y las muertes que no se cuantifican pueden depender de quién detenta el poder y la legitimidad en la sociedad. Por lo tanto, las desigualdades étnicas, raciales socioeconómicas o de género forman parte de las consideraciones relativas a la calidad de los datos.

a menudo como muertes por “causas indefinidas”. Los autores del estudio atribuyeron esta diferencia, al menos en parte, al hecho de que las muertes violentas de mujeres ocurrieron en mayor número en el hogar, donde era menos probable que hubiera testigos que pudieran informar de la causa del incidente [10].

También se sabe que los homicidios de hombres jóvenes negros en el Brasil se denuncian en números inferiores a los reales. De acuerdo con un estudio sobre los homicidios de jóvenes negros de la calle en el estado de São Paulo, para el cual se recurrió al conocimiento de organizaciones comunitarias que trabajan con la juventud, las estadísticas oficiales han subcalculado los asesinatos de jóvenes negros en el Brasil hasta en 50%. Estos porcentajes pueden haber sido incluso mayores en las ciudades más pequeñas y las zonas rurales. Muchos de los decesos se notificaron erróneamente como suicidios o accidentes de tránsito [11].

También es posible que existan diferencias regionales en cuanto a la integridad de la denuncia de homicidios, en relación con la distribución socioeconómica y racial de la población por región. Por ejemplo, en el estado de Pará, al norte del Brasil —una zona donde muchos residentes son negros pobres y sin tierra— se ha observado una violencia crónica relacionada con la propiedad de la tierra, como la muy conocida masacre de Eldorado dos Carajás de 1996, en la que 19 personas murieron a manos de la policía [12]. Para los residentes locales, incidentes de esta índole pueden considerarse asesinatos en masa sancionados por el Estado. No obstante, según la definición de la CIE-10, las muertes que resultan del cumplimiento de la ley no son homicidios. Es lógico pensar que si los blancos detentan un mayor poder en las instituciones sociales que confieren a las fuerzas militares o la policía civil la autoridad para hacer uso de fuerza letal, los datos oficiales sobre los homicidios probablemente arrojen una tasa de homicidios inferior a la real en el caso de una minoría social y política de raza negra. Por consiguiente, podría darse un grado mayor de subnotificación en las regiones con una población negra más grande.

Los mulatos se agrupan con suma frecuencia bajo las designaciones de afrobrasileños o de raza negra. Sin embargo, es posible que las tasas de muerte en la población mulata del Brasil no se calculen correctamente porque estas personas a menudo figuran como personas de raza o color desconocido. La clasificación de mulato también tiende a aplicarse a los hijos de padres de razas distintas en las diversas regiones del Brasil, por lo que puede haber incongruencias entre las regiones en cuanto a los datos sobre homicidios agrupados por raza [5].

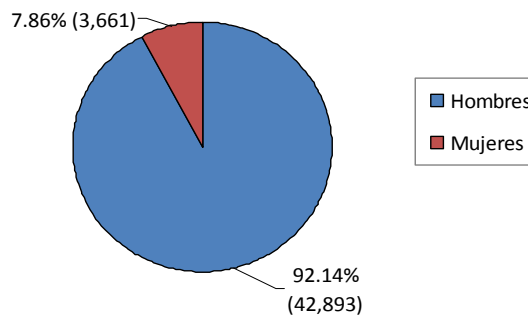
Análisis de los datos

En el 2007, se registraron en el Brasil 46.554 muertes por homicidio, lo que representa una tasa cruda de **24,59 homicidios por 100.000** habitantes (población = 189.335.191). Las probabilidades de que los hombres brasileños fueran víctimas de homicidio

fueron mucho mayores que las de las mujeres; estos decesos constituyeron la gran mayoría de los homicidios registrados (figura 1). En el 2007 se contabilizaron 42.893 hombres muertos por homicidio, lo que representó 92,14% de todos los homicidios ese año, mientras que las muertes de mujeres por

homicidio totalizaron 3.661, es decir, el 7,86% restante de todos los homicidios. Al hacer los ajustes por diferencias en las distribuciones de edad de las poblaciones masculina y femenina, la tasa de muertes por homicidio en los hombres fue 44,2 por 100.000 habitantes. Esta tasa fue doce veces más alta que la tasa de muertes por homicidio en las mujeres (3,7 defunciones por 100.000).

Figura 1
Distribución porcentual de las víctimas de homicidio por
sexo, Brasil 2007



La dimensión y gravedad de los homicidios de hombres en el Brasil se observan con mayor claridad cuando consideramos la distribución de edades entre las muertes. Como se ilustra en las figuras 2 y 3, el riesgo de muerte por homicidio fue por lo general mucho más alto para los hombres que para las mujeres en todas las edades, salvo en el caso de los lactantes y niños pequeños menores de cinco años, entre quienes los homicidios fueron además muy contados. No obstante, en el 2007, un total de 174 niños y 115 niñas menores de 10 años fueron asesinados en el Brasil, lo que representó un costo enorme para las familias y la sociedad brasileña. Incluso en los niños en edad escolar, los varones estuvieron en mayor riesgo de ser asesinados que las niñas. Los adolescentes acusaron tasas extraordinariamente más altas de homicidio, en particular los hombres, cuyas probabilidades de morir asesinados eran mucho más altas que las de las mujeres. Para los grupos de 10 a 14 años de edad, los niños ya registraban tasas de homicidio cuatro veces más altas que las niñas. A partir de entonces, el riesgo que los hombres corrían de morir asesinados aumentó de forma considerable en los grupos de 15 a 19 años y de 20 a 29 años de edad. Los hombres jóvenes de esta última categoría de edad sufrieron el riesgo más alto de homicidio, con una tasa de muerte que fue más del doble de la tasa general para los hombres y 15 veces la tasa correspondiente a las mujeres en el mismo grupo de edad. Sólo en el 2007 fueron asesinados 17.284 hombres de 20 a 29 años de edad, mientras que los hombres en el grupo etáreo de 15 a 39 años representaron más de 70% de todas las víctimas de homicidio. Las tasas de homicidios se desplomaron con la edad, al disminuir 50% o más con cada categoría de edad sucesiva para los hombres, y un tanto menos para las mujeres. Aun en los hombres ancianos, las tasas de homicidio fueron cinco veces mayores que en las mujeres de la misma edad.

Figura 2
Tasas de mortalidad po homicidio específicas por edad, por sexo,
Brasil, 2007

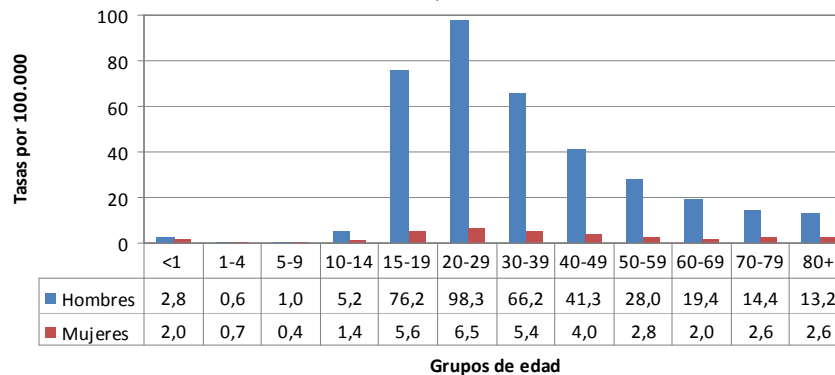
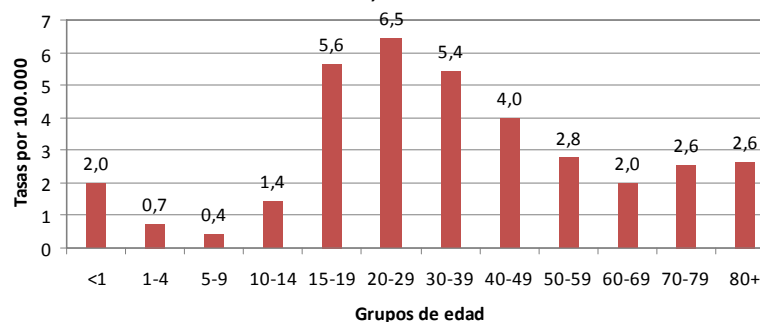


Figura 3
Tasas de mortalidad por homicidio específicas por edad, mujeres,
Brasil, 2007



Las comparaciones entre mujeres por grupo de edad (figura 3) muestran que, al igual que con los hombres, la tasa de homicidios más elevada se registró en las mujeres de 20 a 29 años de edad. Sin embargo, el riesgo de homicidio no varió con la edad de forma tan marcada como en los hombres. Como se indicara en párrafos anteriores, el número de homicidios fue similar en los lactantes y los niños pequeños de ambos sexos, como lo ilustra el cuadro 1, en el cual se observan razones entre sexos (hombre/mujer) casi equivalentes en las víctimas menores de 5 años. Otra investigación brasileña realizada

Cuadro 1:
Homicidios por sexo y edad, y razones entre los sexos

Edad	Hombre	Mujer	Razón H:M
<1	45	31	1.45
1-4	43	48	0.90
5-9	86	36	2.39
10-14	443	118	3.75
15-19	6661	481	13.85
20-29	17284	1140	15.16
30-39	9119	782	11.66
40-49	4709	491	9.59
50-59	2201	241	9.13
60-69	894	108	8.28
70-79	358	82	4.37
80+	136	40	3.40

en la ciudad de São Paulo a mediados de los años noventa reveló que las niñas representaban más de 50% de los menores de 10 años víctimas de homicidios [11].

Un análisis de género debería ser más que una mera comparación de datos sobre hombres y mujeres, porque las tasas de homicidio no tienen el mismo peso, significado o implicación en ambos casos. Aunque los hombres indudablemente tienen mayores probabilidades de ser asesinados que las mujeres, al considerar solo estas últimas, se observa que el homicidio representa una causa importante de muerte en las mujeres jóvenes en comparación con otras causas, y que la tasa ha aumentado como proporción de todas las causas externas de muerte en los últimos decenios [10]. Por otro lado, las repercusiones sociales, psicológicas, financieras y de otro tipo sobre las personas y las familias también pueden diferir cuando se trata de la muerte de un hombre o una mujer. La muerte de un hombre joven podría ser

Temas para la reflexión relativos al género

Aunque la edad es una variable importante para las comparaciones de mortalidad, otras variables sociales, como el estado civil, podrían también ser importantes para calcular las tasas de homicidios de mujeres y hombres. El matrimonio puede tener un efecto protector para los hombres, ya que estos adquieren una identidad masculina positiva en las funciones de padre o esposo y se alejan de la asunción de riesgos y la agresiva “cultura de la calle”. Sin embargo, para las mujeres, que sufren mayores riesgos en sus vidas domésticas, en gran parte representados en sus esposos, el matrimonio u otras uniones pueden aumentar el riesgo de muerte violenta.

En opinión de Itani, el mejoramiento de la condición de la mujer en el Brasil puede haber instigado situaciones violentas entre las mujeres y sus parejas, pero también puede haber mejorado las denuncias y la documentación de la victimización de mujeres [10].

un golpe devastador para una familia, no solo porque se pierde un hijo o un esposo querido, sino porque el hombre quizá se necesitaba como sostén financiero del hogar. La pérdida de una madre o una hija podría afectar la capacidad de una familia para cuidar de los niños más pequeños o de adultos mayores. A una escala social más amplia, el asesinato de mujeres, principalmente a manos de hombres, transmite además un mensaje acerca del poder relativo en la dinámica de género y la denigración de la mujer en la sociedad. Igualmente, un análisis basado en el género no se limita a considerar las experiencias masculinas y femeninas, sino que incluye también un análisis de la diversidad, que aborda el sexo conjuntamente con otras dimensiones sociales que inciden sobre la salud. Dependiendo de la disponibilidad de datos, estas dimensiones pueden ser, entre otras, la región de residencia, la identidad étnica o la categoría racial asignada, los ingresos u otros marcadores de situación socioeconómica.

Homicidios por sexo y región

En el 2007 se observó en el Brasil una mayor carga de homicidios en los hombres que en las mujeres en todas las regiones del país, aunque el grado de diferencia entre los sexos varió ligeramente, lo que refleja patrones diferentes de riesgo por región para los dos sexos. Las figuras 4 y 5 ilustran la variación en las tasas de homicidios entre hombres y mujeres por región. En los hombres, las tasas de homicidios fueron superiores al promedio nacional en las regiones Nordeste, Centrooccidente y Norte. En el

Nordeste, el resultado parecería reflejar las elevadas tasas de homicidios registradas en dos estados (Alagoas y Pernambuco), mientras que en el Centrooccidente y el Norte, las tasas de homicidios en los hombres parecían bastante uniformes entre los estados. Por el contrario, y quizás sorprendentemente, las tasas de homicidios fueron relativamente bajas en la región Sudeste, donde se encuentran Rio de Janeiro y Espirito Santo, ciudades conocidas por sus altos índices de criminalidad.

En las mujeres, la variación regional fue mucho menor, aunque la región Centrooccidente resaltó con las tasas más elevadas de homicidios de mujeres. En la región Nordeste, donde las tasas de homicidios de hombres fueron más altas, los porcentajes correspondientes a las mujeres no se diferenciaron del promedio nacional. La tasa de homicidios de hombres fue 14 veces la tasa de homicidios de mujeres en esta región, una brecha que se mantuvo entre varios estados.

Figura 4: Tasas de mortalidad ajustadas por edad por homicidio, por sexo, Brasil y sus regiones, 2007

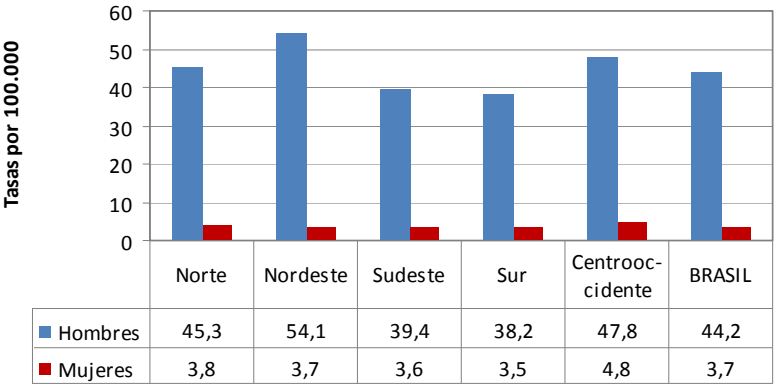
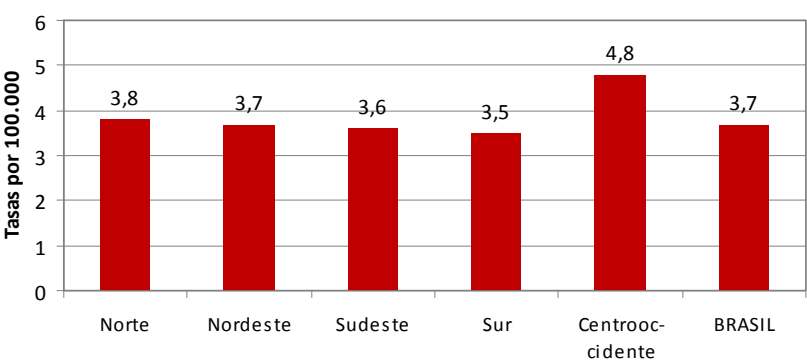


Figura 5: Tasas de mortalidad ajustadas por edad, mujeres, Brasil y sus regiones 2007



Si bien la tasa de homicidios del Brasil ha descendido en los últimos años, debido en gran parte a la puesta en marcha en el 2003² de una política nacional de control de las armas de fuego, las mejoras no han beneficiado de la misma forma a todas las regiones. Las figuras 6 y 7, que ilustran las tendencias de siete años para los hombres y mujeres por región, indican que se lograron mejoras en las regiones de Centrooccidente y Sudeste. La tasa de homicidios de hombres en el Sudeste mejoró de forma extraordinaria en el período estudiado (disminución de 40% entre el 2001 y el 2007), mientras que la tasa de la región Centrooccidente disminuyó ligeramente. En las mujeres, se registraron disminuciones moderadas en las mismas regiones. Por el contrario, y en general, la tasa de homicidios aumentó a lo largo del período en las regiones Nordeste, Norte y Sur. El incremento mayor se observó en los homicidios de hombres en el Nordeste (aumento de 34%), lo que dio lugar a que esta región alcanzase la tasa más alta de homicidios de hombres.

Figura 6: Tasas crudas de homicidio, hombres, por regiones, Brasil, 2001-2007

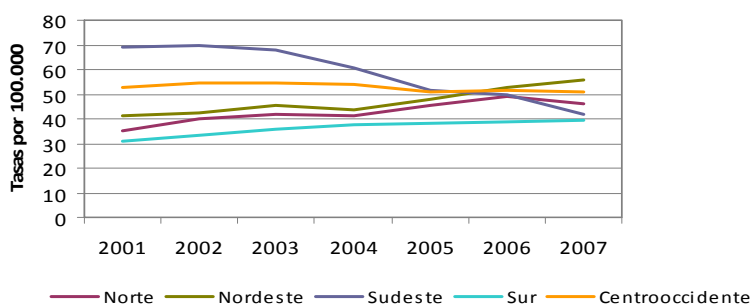
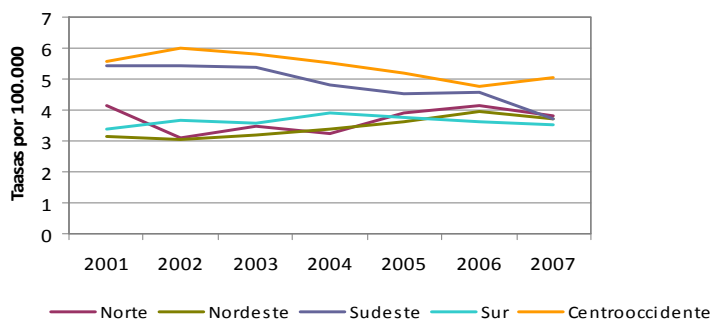


Figure 7: Tasas crudas de homicidio, mujeres, por regiones, Brasil, 2001-2007



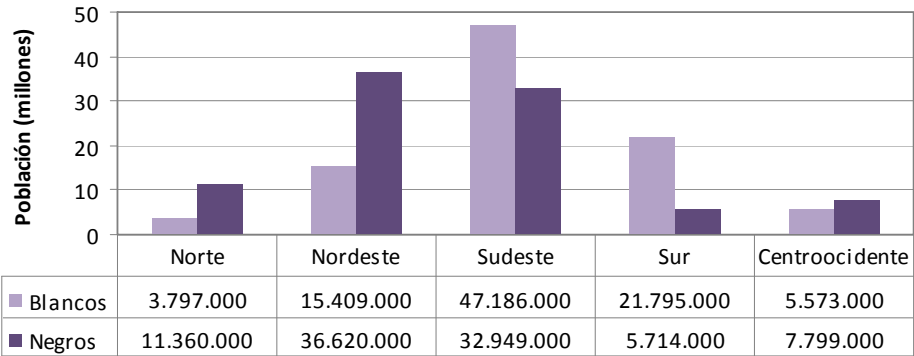
² La ley de control de armas del Brasil buscaba controlar el flujo de armas de fuego hacia el país, ilegalizó la posesión de armas no registradas o el porte de armas fuera del hogar o el negocio, instituyó la verificación de antecedentes y aumentó a 25 años la edad mínima para comprar armas. La legislación nacional impuso además nuevas sanciones, como multas y penas de cárcel más duras contra aquellas personas culpables de violar estas disposiciones [8].

Homicidios y razas

Los datos sobre el Brasil incluyen sólo dos designaciones raciales, “blanco” o “negro”, dado que las personas con padres de raza mezclada —también llamados “mulatos”— se designan como negros. El Brasil tiene la mayor población de negros fuera de África [5], consecuencia de la participación activa del poder colonial portugués en el comercio de esclavos durante los siglos XVI al XIX. En el 2007, aproximadamente la mitad de los 188,2 millones que componen la población del Brasil se autodefinió como de raza negra, y la otra mitad de raza blanca. Comparada con el 2001, la proporción de la población que se identificó como de raza negra aumentó en casi 10%.

La distribución de los brasileños blancos y negros difiere enormemente por región (figura 8). La mayor población de negros (36,6 millones) residía en el Nordeste, donde representaban 70% del total de la población. Los negros también representaban una mayoría (numérica, mas no política ni social) en las regiones más pequeñas del Norte (75%) y Centrooccidente (58%), pero una minoría en el Sur (21%). El Sudeste tenía la segunda mayor población negra, con 41% del total de la población.

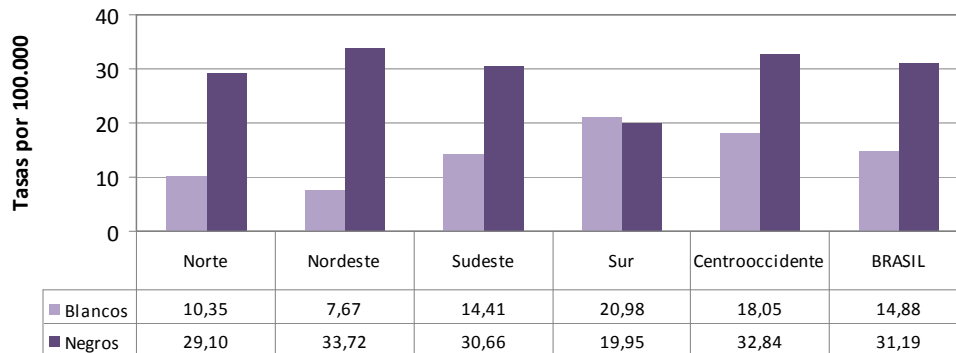
Figura 8: Población por región y raza, Brasil, 2007
Region & Race, 2007



La figura 9 ilustra las tasas crudas³ de homicidios por región y raza. El gráfico revela que, aunque los negros representaban la mitad de la población del Brasil, experimentaron más del doble de riesgo de muerte por homicidio que los blancos (razón demográfica negros a blancos = 1:1; razón de homicidios = 2:1). Es interesante señalar que en la región Nordeste, la tasa cruda más alta de homicidios (33,72 por 100.000) corresponde a los negros, mientras que tasa más baja (7,67 por 100.000) corresponde a los blancos.

³ Obsérvese que las tasas crudas no llevan control de las diferencias en cuanto al tamaño de las poblaciones negras y blancas entre las regiones.

Figura 9: Tasas crudas de mortalidad por homicidio, por raza, Brasil y sus regiones, 2007



El grado al cual el homicidio victimizó de forma desproporcionada a los negros varió considerablemente por región. En el Norte, donde los negros representaron una mayoría (razón de población 2,6:1), la tasa de muertes por homicidio fue proporcional a su representación en la población (2,8:1). Sin embargo, en aquellas regiones donde los negros eran la minoría, el Sur y el Sudeste, sus tasas de homicidio fueron altas en relación con su población, lo que indica que sus riesgos de fallecer por homicidio son mayores (por ejemplo, en el Sudeste, con una razón de población de 0,7:1, la razón de homicidio fue de 2:1). En la región Nordeste, donde una proporción relativamente grande de la población es negra, las muertes por homicidio acusaron cierta sobrerrepresentación entre los negros (razón de población 3:1; razón de homicidio 4:1).

Al considerar los datos correspondientes a siete años, se evidencian algunas tendencias divergentes en cuanto a las tasas de homicidios por raza. Los brasileños blancos vieron mejorar sus tasas de muerte por homicidio durante el período 2001 a 2007 (disminución de 28%), a pesar de un aumento de 30% de los homicidios en el Sur. Por su parte, se observó una disminución apenas ligera de la tasa de homicidios entre los negros (4%). La diferencia es en gran parte atribuible a las tendencias observadas entre los negros de la región Nordeste. En otras palabras, aunque los negros y los blancos de la gran región Sudeste registraron una clara disminución de los homicidios (38% y 46 %, respectivamente), en el caso de los negros, el

Figure 10: Whites - Crude Homicide Rates by Region, 2001-2007

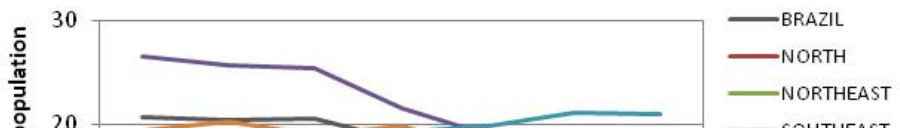
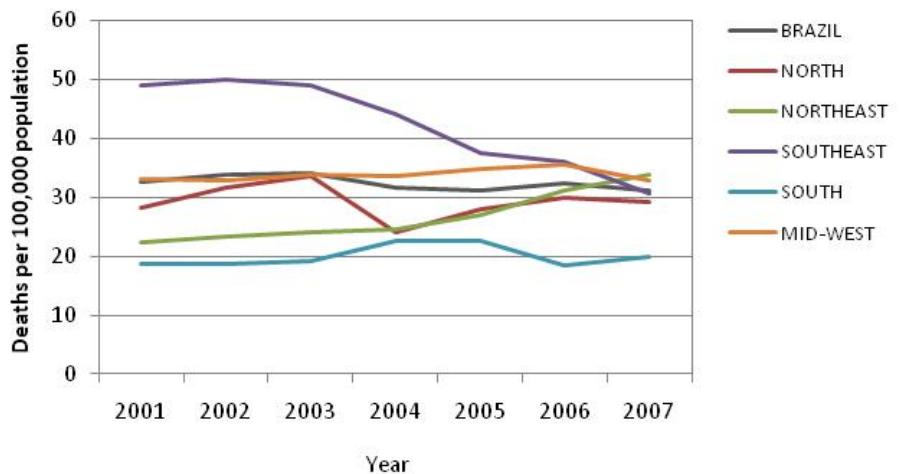


Figure 11: Blacks - Crude Homicide Rates by Region, 2001-2007



mejoramiento se anuló con el aumento de las tasas de homicidio en casi todas las otras regiones, sobre todo en el Nordeste, donde se observó un incremento de 51% de las tasas durante el período y donde reside la mayor población negra.

Figura 10: Tasa cruda de mortalidad por homicidio, población blanca, por región, 2001-2007

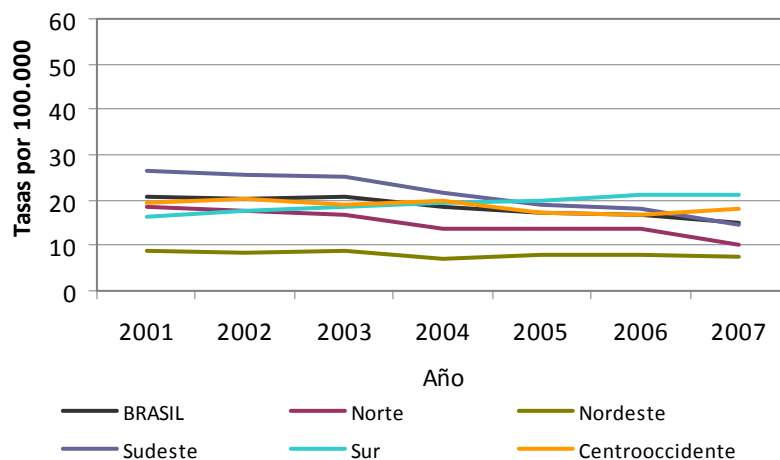
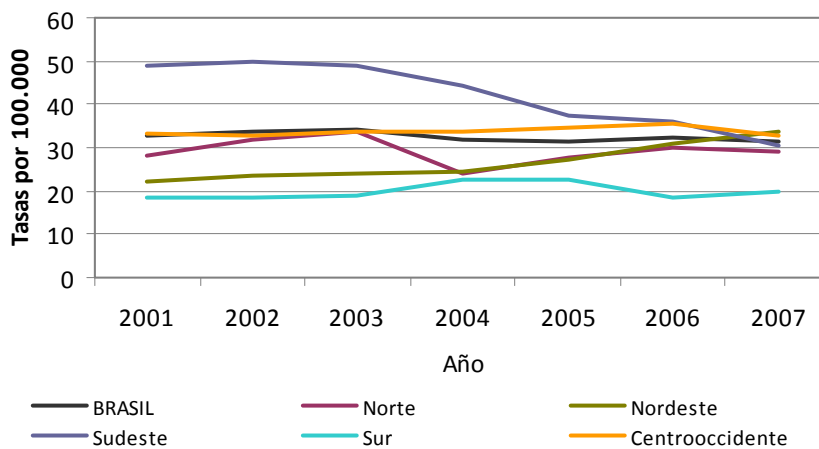


Figura 11: Tasa cruda de mortalidad por homicidio, población negra, por región, 2001-2007



Análisis

Existen abundantes otras pruebas que sustentan los resultados descritos anteriormente: los hombres representan la gran mayoría de las víctimas de homicidios, y los hombres jóvenes están sobrerrepresentados entre las víctimas; igualmente, los hombres son la mayoría de los autores de los homicidios [6, 13, 14]. Una parte importante de la bibliografía explora el homicidio y la violencia doméstica en el Brasil a partir de registros de estadísticas vitales, así como de datos locales. La documentación agrega otra dimensión al análisis de género y diversidad, en particular en cuanto a qué factores colocan a los hombres en riesgo mayor de homicidio, qué hombres corren el mayor peligro y qué factores modifican los riesgos y las tendencias en los homicidios de hombres.

Un componente esencial de este análisis es la consideración de la experiencia masculina, específica, en la medida de lo posible, a los hombres brasileños, y relacionada con las normas, las funciones, los ideales y las relaciones sociales de los hombres con las mujeres y con otros hombres. Aunque las mujeres y las niñas tienen una probabilidad mucho menor de morir asesinadas que los hombres, también es importante tomar en cuenta la diversidad entre las mujeres a la hora de evaluar si ciertos grupos son más vulnerables de lo que podrían indicar las tasas promedio de las mujeres brasileñas en general, y por qué. Una perspectiva de género, que incorpora tanto a los hombres como a las mujeres, combinada con una perspectiva sobre la diversidad y la equidad, aportará un mayor conocimiento sobre los distintos tipos de riesgo de homicidio, lo que permitiría definir hacia dónde dirigir las medidas de prevención y lograr una programación más focalizada y eficiente.

Abrir el debate hacia los expertos locales

Si bien es importante considerar la bibliografía publicada, un volumen mayor de información sobre las experiencias de los hombres y mujeres del Brasil con la violencia, así como la diversidad entre los hombres y las mujeres locales, también pueden alimentar el análisis. Podría ser de utilidad recopilar alguna información de las organizaciones comunitarias, como las que prestan asistencia a hombres y jóvenes de la calle, programas de apoyo a las víctimas u organizaciones que combaten la violencia doméstica.

Masculinidad, violencia y homicidio

El análisis de género se ha aplicado con menor frecuencia al estudio de los asuntos de salud de los hombres que a los de las mujeres [15]. Por otro lado, en los casos donde se ha considerado el homicidio, ha habido una tendencia a considerar el asesinato como un comportamiento masculino natural y, por consiguiente, no susceptible de prevención o intervención. Además, la influencia histórica y cultural de las sociedades patriarcales sobre las instituciones de política e investigación puede introducir un sesgo masculino que apoya la legitimidad de la agresión y la violencia masculinas.

La investigación biológica y genética indica que los hombres tienen una predisposición hereditaria hacia el comportamiento agresivo [6]. Sin embargo, el hecho de que no todos los hombres realizan o aprueban los actos de violencia indica la importancia de considerar también los factores sociales que

contribuyen a la violencia masculina. Los rasgos y las características sociales de la “masculinidad” que instilan los sistemas se superponen a la biología “masculina”. Como han explicado Medrado y Lyra:

La asociación entre la masculinidad y el poder y la violencia no es exclusivamente el resultado de factores biológicos y genéticos. Se construye y perpetúa en razón de las relaciones sociales determinadas por la historia y la cultura; se construye a través de la división social del trabajo y la socialización en el seno de la familia, la escuela, la vida cotidiana y los actos sencillos de cada día. [6]

Una perspectiva de género sobre el homicidio de hombres considera la socialización masculina, proceso por el cual los hombres aprenden las normas convencionales de la masculinidad, o lo que significa ser un hombre en la sociedad. Desde muy temprana edad, en muchas, si acaso no en todas las sociedades, se enseña a los niños que el comportamiento arriesgado y agresivo, en incluso la violencia física, son conductas aceptables y a veces aconsejables. Estos comportamientos pueden considerarse una manera proactiva de cuidar de uno mismo, o de otros, de resolver conflictos o defender sus derechos. Sin embargo, como explican Medrado y Lyra, “el mismo sistema de poder que autoriza a los hombres a comportarse de una manera agresiva es el mismo sistema de poder que los coloca en una situación de vulnerabilidad” [6]. Por lo tanto, la masculinidad es una espada de doble filo que representa un factor de riesgo tanto de victimización masculina como de actos criminales de violencia.

La masculinidad no es invariablemente violenta o provocadora de violencia; también puede expresarse en comportamientos positivos y adaptativos [16]. Distintas teorías han intentado explicar las circunstancias bajo las cuales la masculinidad expone o predispone a los hombres a la violencia. Según la teoría de la presión de la función de género, los hombres, en su esfuerzo por ajustarse a los poderosos dictados del papel masculino, se verán sometidos a una amplia gama de disfunciones emocionales, psicológicas y conductuales [17]. Las normas convencionales restrictivas de la masculinidad se consideran sumamente perjudiciales tanto para los hombres como para las mujeres. De acuerdo con Forbes, la violencia, así como la depresión, el abuso de sustancias psicotrópicas y los sentimientos de alienación son consecuencias de la identificación de los hombres con normas de masculinidad excesivamente restrictivas y opuestas (vale decir, opuestas a las normas de feminidad) [18].

Otra teoría ha explicado el nexo entre la masculinidad y la violencia como el resultado de las experiencias de la primera infancia que definen la identidad masculina. La práctica frecuente de separar a los lactantes de los hombres adultos —una norma social casi universal— puede tener una influencia de desestabilización de la masculinidad. En este contexto, los hombres se crían sin un modelo personal positivo de lo que significa ser un hombre, y en cambio forman su identidad en oposición a la que observan en sus cuidadoras. Así las cosas, serán mayores las probabilidades de que entiendan lo “masculino” como la antítesis de lo “femenino”. La tendencia es que estos hombres incurran en un comportamiento de negación de la feminidad y en una conducta de afirmación de la masculinidad, incluida la violencia [19].

El término “machismo” en español y portugués se refiere a las ideas o los comportamientos chovinistas masculinos —manifestación de superioridad del hombre sobre la mujer— aunque los anglohablantes

también usan el término para describir la masculinidad típica o exagerada que se imputa a las culturas latinoamericanas. Aunque en el Brasil existe una variedad de identidades masculinas, al igual que en todas las sociedades, ciertos factores históricos y culturales pueden haber contribuido a una masculinidad exagerada o violenta en el país. Por ejemplo, se ha hablado del colonialismo y el catolicismo españoles como factores con claras influencias sobre el machismo actual en el Brasil. Según De Oliveira, el catolicismo aportó una ideología que denigraba a las mujeres, mientras que la opresión económica del colonialismo bloqueó otras fuentes de autoridad menos perjudiciales para los hombres de la población nativa, como la dominación masculina de las actividades económicas. El colonialismo español también trajo consigo un ataque violento contra la habitual homosexualidad de las culturas indígenas, lo que puede haber influido en la discriminación y la violencia hacia los homosexuales y las lesbianas en el Brasil moderno [20]. Glick y sus colegas también han destacado la importancia de una “cultura de honor” en los hombres del Brasil que, en algunos sectores de la población, continúa reconociendo la capacidad del hombre para ejercer el control sobre su esposa como un logro importante de la identidad masculina [21]. Además, durante el régimen militar del Brasil, que concluyó en 1988, muchos hombres se vieron expuestos a modelos de comportamiento masculino caracterizados por la agresión y el uso de la fuerza, lo que puede haberse transferido hacia la vida en comunidad y las relaciones de los hombres con otros hombres y con las mujeres.

El reciente aumento de la violencia en Europa del Este [15], así como las tendencias a más largo plazo que se observan en el Brasil y muchas naciones industrializadas, se han interpretado como una respuesta distorsionada al desarrollo o el cambio cultural. La violencia masculina se entiende como la respuesta al temor que provocan las amenazas a los papeles tradicionales del hombre y la legitimidad del poder patriarcal. Los cambios sociales y culturales que acompañan el desarrollo, como el aumento del desempleo, el empoderamiento y la mayor independencia de la mujer y el cambio de los valores

sociales colectivos hacia los valores individuales, causan estrés en muchas personas. Mientras la depresión puede ser una respuesta socialmente aceptable para la mujer, las respuestas masculinas apropiadas serían la asunción de riesgos, el consumo de alcohol, la agresión y la violencia. Los rápidos cambios en Europa del Este han difuminado los perfiles de los papeles masculinos, pero al mismo tiempo han aumentado la evaluación negativa de los atributos masculinos típicos que otrora se exaltaban. Los efectos de estas tensiones sobre la salud de los hombres se han hecho ya evidentes con el aumento de la brecha entre las esperanzas de vida de ambos sexos [15].

Temas para la reflexión

¿La disolución de los regímenes militares ha producido diferencias generacionales entre los hombres en cuanto a la tendencia a usar la violencia para resolver los conflictos? ¿Qué otros cambios en la vida de los hombres brasileños pueden incidir sobre la socialización masculina y las tasas de homicidios?

Hay quienes opinan que aunque el comportamiento de asumir riesgos –vinculado a tasas más altas de muerte violenta– es una actividad habitualmente dominada por el hombre, los cambios que se han dado en la vida de la mujer, como el aumento de la participación en la fuerza laboral, la mayor equidad de

género y el cambio de las expectativas sociales sobre la conducta femenina, podrían contribuir a reducir la brecha que existe entre los sexos en cuanto a los actos riesgosos y violentos. Sin embargo, las investigaciones sobre las tendencias de las muertes violentas (homicidio, suicidio, accidentes de tránsito y otros accidentes) entre los canadienses determinaron la existencia de una brecha persistente entre los hombres y las mujeres y pocas pruebas de convergencia de las tasas masculina y femenina entre 1950 y 1986, cuando estaban ocurriendo estos cambios sociales [22]. El interrogante de si la violencia de la mujer hacia el hombre está aumentando ha venido acaparando mayor atención desde que un importante análisis realizado en los Estados Unidos sobre una investigación internacional (2000) informó de que las mujeres son tan propensas como los hombres a agredir físicamente en una relación. No obstante, el autor advirtió que los resultados no podían considerarse representativos de las circunstancias prevalecientes en muchos países y naciones en desarrollo donde persisten los bajos niveles de empoderamiento de género. En estas circunstancias, los hombres siguen siendo los autores preponderantes, sobre todo en casos que concluyen en daños graves u homicidios [23].

El análisis basado en el género a menudo considera las características que distinguen los homicidios de hombres de los homicidios de mujeres; es decir, examina el dónde, el quién, el porque y por qué medios los hombres y las mujeres mueren asesinados. La investigación revela en todas las instancias una distinción público-privada en el análisis de los lugares donde se asesinan a hombres y mujeres. Los investigadores han concluido que los espacios públicos son eminentemente masculinos y que los hombres están más expuestos a la violencia de otros hombres en dichos lugares [13]. Huggins demuestra la forma en que la visibilidad social de los jóvenes que viven en las calles de las grandes ciudades brasileñas contribuye a su estereotipo de género y raza como personas criminalmente peligrosas y, por lo tanto, como dignas víctimas de asesinato [11].

Un estudio exhaustivo de los homicidios de jóvenes (10 a 19 años de edad) en el sur del Brasil permitió determinar que los motivos de los agresores masculinos diferían según el sexo de sus víctimas. Los asesinatos de los hombres carecían más a menudo de un motivo claro, tenían que ver con venganza, drogas o narcotráfico, ejecuciones de aquellos que sabían demasiado o conflictos sobre mujeres. Las mujeres se consideraban propiedad de la zona. Los asesinatos de mujeres obedecían principalmente a los celos de la pareja actual o una pareja anterior. Todos los asesinatos relacionados con las luchas de poder revelaban rasgos culturales de machismo [13]. Un elemento común en las investigaciones brasileñas sobre los homicidios masculinos es el concepto de los “asesinatos en defensa del honor”, considerado un motivo particularmente masculino de asesinato y que explica la frecuencia de las matanzas punitivas y la vigilancia parapolicial entre los hombres. La cultura masculina urbana normaliza estos incidentes, al considerarlos casi morales y justos [1]. También se considera que la equidad en los sistemas sociales afecta las tasas de homicidios, dado que aquellos que sienten que los sistemas de cumplimiento de la ley y de justicia no protegen sus intereses a menudo actúan al margen de los mecanismos formales. Las elevadas tasas de violencia en el Brasil se han atribuido a una percepción común sobre la falta de eficiencia y fiabilidad de las instituciones de justicia penal. En Salvador, estado de Bahía, por ejemplo, un estudio concluyó que la insatisfacción con el sistema policial y de justicia aumentó el uso de modalidades no oficiales de justicia [2].

El consumo de alcohol se ha considerado un símbolo de hombría, y su papel en los homicidios de hombres ha sido bien documentado [17]. La probabilidad de que los hombres denuncien daños relacionados con el consumo de alcohol en el Brasil es casi tres veces mayor (17% frente a 6%) que en el caso de las mujeres [24]. Una investigación realizada a mediados de los años noventa determinó que el alcohol tuvo que ver con aproximadamente 15% de los homicidios en São Paulo; en Curitiba, 54% de las víctimas de homicidios y 60% de los autores se encontraban bajo la influencia del alcohol al momento de cometerse el acto [24]. La importancia del alcohol como factor de riesgo en la violencia masculina quedó demostrada con la investigación realizada en el estado de São Paulo, al sudeste del país, en la cual se consideraron los efectos de una política de cierre de bares a las 11 de la noche que se puso en práctica en la ciudad de Diadema en julio del 2002. El control del consumo de alcohol en el Brasil se limita en gran parte a las políticas sobre la edad mínima para la compra, controles relacionados con la publicidad y la densidad de tiendas al por menor y el límite permitido de alcohol en la sangre en el caso de los conductores (0,06 g/L de sangre). No obstante, el alcohol es barato, y es habitual que los bares permanezcan abiertos las 24 horas del día. En 1999, la ciudad registró una de las tasas más elevadas de homicidios (103/100.000), y en 65% de los casos se documentó la presencia de alcohol. Además, los datos de la policía mostraron que la mayoría de los homicidios y agresiones contra mujeres ocurrieron cerca de bares entre las 23.00 y las 6 de la mañana. Al considerar los efectos de los cambios económicos y de otras políticas durante el período, el estudio detectó una reducción estadísticamente considerable de los homicidios (106 menos asesinatos anualmente) en los tres años siguientes al cambio de políticas [24]. Los resultados concordaban con la bibliografía internacional y brasileña que vinculan el consumo de alcohol con los homicidios.

Casi todos los homicidios de hombres brasileños se cometieron con armas de fuego. En el 2002, se utilizaron armas de fuego en 68,8% de los homicidios cometidos en el Brasil [25]. Ese año se produjeron cerca de 130 muertes diarias por armas de fuego en el país, en su mayoría contra personas entre 15 y 44 años de edad [24]. En los hombres de ese grupo de edad, 90% de los homicidios se cometieron con armas de fuego [8]. Algunos estudios cualitativos sobre los homicidios de jóvenes en zonas urbanas también concluyeron que, además del uso generalizado de armas de fuego, los hombres jóvenes corren también el riesgo de ser torturados antes de recibir un disparo, o ser atropellados por un vehículo [11].

Otro estudio sobre los homicidios de jóvenes en zonas urbanas observó que más hombres utilizaban armas y las usaban como “deporte” [13]. La ley nacional sobre control de armas ha tenido un efecto importante sobre la tasa de homicidios [8]. Sin embargo, del análisis de los datos precedentes resulta claro que las mejoras se han producido en gran medida en la región Sudeste, y más entre blancos que entre negros. Las diferencias regionales en cuanto a la eficacia de la aplicación de la ley se han utilizado para explicar las limitadas mejoras observadas en regiones como el Nordeste [8].

Temas para la reflexión

¿Los homicidios de hombres y mujeres podrían responder de igual forma a las leyes sobre el control de armas de fuego? Aunque la ley restringe el movimiento de armas de fuego fuera del hogar o el negocio, quizás incida poco sobre el uso de armas por parte de los hombres contra las mujeres en el hogar, donde ocurre la mayoría de los homicidios de mujeres.

Una perspectiva de género sobre los homicidios de mujeres debería tomar en cuenta la forma en que las relaciones de género ponen a la mujer en riesgo de homicidio, vale decir, la forma en que las interacciones de las mujeres con los hombres y su menor poder o acceso a oportunidades colocan a las mujeres en riesgo de homicidio. Abundan las investigaciones que demuestran que, así como los hombres tienden a victimizar a otros hombres, los autores de homicidios de mujeres son también predominantemente hombres. Las tendencias indican que las mujeres son asesinadas en el hogar, a manos de sus parejas, miembros de su familia o por otra persona que conocen bien. En el Brasil, la investigación determinó que más de la mitad de las mujeres asesinadas fueron víctimas de su pareja íntima [6]. Los vínculos emocionales de las mujeres con los perpetradores las coloca en riesgo de victimización [13]. Los riesgos de las mujeres se acercan más a los de los hombres durante la etapa de la niñez. Huggins observó que, entre los urbanos pobres, mientras más joven era la víctima, mayor era la probabilidad de que fuera mujer. Estas niñas tenían mayores probabilidades de morir por asfixia, golpizas o quemaduras y de haber sido agredidas sexualmente antes de ser asesinadas [11].

El paternalismo y la subordinación de las mujeres pueden afectar ciertas características de sus asesinatos de manera predecible. En aquellos lugares donde las mujeres se consideran propiedad del hombre o parte de su territorio, es probable que queden relegadas a la vida y el trabajo domésticos, donde pueden permanecer “protegidas” por los hombres. Por ejemplo, las mujeres jóvenes quizás trabajen en el cuidado infantil o como empleadas domésticas, donde son menos vulnerables a las agresiones de desconocidos. Sin embargo, siguen siendo vulnerables al maltrato doméstico o el asesinato por parte de un pariente, algún conocido de la familia o su pareja íntima. La prostitución es también un factor de riesgo de asesinato de mujeres, aunque la investigación indica que los riesgos de agresión por parte de un cliente, la muerte por infección por el VIH/sida o el deceso por aborto son mayores en las jóvenes de la calle [11].

El sexismo como parte de las ideas masculinas ha sido abordado en el marco de los estudios sobre los factores de riesgo de violencia contra la mujer. A menudo se hace una distinción entre “sexismo hostil” y “sexismo benévolo”. El sexismo hostil se ha correlacionado positivamente con las actitudes que favorecen los actos de agresión hacia la mujer. El sexismo benévolo se ha considerado en general inocuo. Sin embargo, la investigación de Glick y cols. vinculó el sexismo benévolo a las actitudes que justifican la violencia contra la mujer que infringe las normas convencionales de género [21]. Garwood siguió una línea similar de investigación en un estudio de las trabajadoras industriales asesinadas en un pueblo fronterizo mexicano. Las tasas de asesinatos eran muy elevadas en el grupo de mujeres y tanto las autoridades policiales como la prensa explicaba el riesgo sobre la base del comportamiento de las víctimas: trabajan hasta tarde, caminan solas, o se visten de forma seductora. El análisis de Garwood exploró la dinámica de género de la comunidad en el contexto del desarrollo económico, en el cual las mujeres habían ganado un espacio en la fuerza laboral, y no obstante sufrían las consecuencias de la desvaloración, la victimización y el homicidio. Más aun, la respuesta, y la falta de ella, a los asesinatos de estas mujeres reflejaban la desaprobación social hacia las mujeres que habían violado las normas y reglas de conducta de género [26].

Ingresos, raza y equidad

Existe la falsa impresión de que la pobreza genera criminalidad y que la delincuencia es un atributo de las clases más bajas, cuando estos grupos sociales son de hecho las víctimas principales de la violencia [1]. Aunque los datos utilizados para este estudio de casos no permiten hacer un análisis de los homicidios por nivel de ingreso u otros marcadores de condición socioeconómica, los documentos de la investigación proporcionan una perspectiva adicional. Un estudio de 96 distritos ciudadanos descubrió una correlación negativa entre el ingreso mensual promedio de los jefes del hogar y las tasas de homicidios (coeficiente de correlación de Pearson = -0.58; $p < 0.05$); en otras palabras, las tasas de homicidio aumentaron a medida que los niveles de ingreso disminuyeron [25]. Otra investigación permitió observar que la distribución del ingreso, y no el nivel de ingreso absoluto, está correlacionada con mayores tasas de homicidio, y que a pesar de los aumentos salariales implantados desde el 2003, la desigualdad de ingresos aumentó extraordinariamente durante el mismo período [8]. En el Brasil, 10% de la población posee más de la mitad de la riqueza de la nación, mientras que 50% de los más pobres posee 15% de la riqueza. Entre los más desfavorecidos se encuentran los brasileños negros, lo que refleja su exclusión de la participación social y política [11]. La investigación sobre los factores familiares y sociales de riesgo de violencia revela que el vivir en una comunidad con altos niveles de pobreza, desempleo y narcotráfico es un factor de riesgo, como lo es el vivir en una sociedad con altos niveles de desigualdad de género o de ingresos o con normas sociales que toleran o apoyan la violencia [4].

La victimización desproporcionada de los brasileños negros, y en particular de los hombres negros, como lo demuestra el análisis de datos precedente, se fundamenta en otras investigaciones cuantitativas y cualitativas brasileñas [11, 27, 10]. Por ejemplo, en el estado de São Paulo, 50% de los jóvenes asesinados (1991) eran negros, si bien representaban 25% de la población [11]. Un estudio sobre muertes violentas en la ciudad de Vitória, en el sudeste del Brasil, reveló un riesgo de padecer una muerte violenta cuatro veces mayor en la población negra que en la población blanca, así como una mayor probabilidad entre los habitantes negros de morir por homicidio o por atropellamiento, mientras que entre los blancos eran mayores las probabilidades de suicidarse o morir en accidentes de tránsito [27]. Un estudio que se centró en la mortalidad femenina también concluyó que las mujeres blancas tenían mayores probabilidades de morir en accidentes de tránsito, mientras que las mujeres negras tenían una probabilidad mucho mayor de ser víctimas de homicidio [10].

Huggins atribuye este patrón de homicidios de hombres predominantemente negros en el Brasil al racismo y la exclusión social, y describe el proceso social que marca los hombres jóvenes, pobres, negros y de zonas urbanas como víctimas dignas de homicidio. Los jóvenes son llamados “niños de la calle” y “problemas sociales” y estereotipados como delincuentes. Sin embargo, la investigación local ha determinado que apenas una proporción pequeña de estos jóvenes se involucra en actividades delictivas. De esta forma, los asesinatos de jóvenes se legitiman como respuesta anticipada a la delincuencia, a menudo son ejecutados por grupos parapoliciales asalariados, y no son denunciados por los miembros de la comunidad, por temor o complicidad. Como miembros del segmento de la sociedad más marginado desde el punto de vista social, económico y político, los jóvenes carecen de poder para prevenir su victimización. De acuerdo con organizaciones para los derechos de los niños, 7.000 jóvenes y

niños murieron asesinados en el Brasil entre 1988 y 1991. Los niños de 15 a 17 años de edad representaban 16% de la población y, no obstante, 80% de las víctimas de asesinato. Además, los homicidios de jóvenes aumentaron desde los años noventa, luego de un período de despidos masivos que agravaron el empobrecimiento y desataron el temor y el racismo en la clase media. Huggins argumenta que los asesinatos de jóvenes en el Brasil pueden entenderse como el medio por el que se hacen cumplir los límites sociales relacionados con el color de piel, la clase y la condición civil en la sociedad brasileña [11].

A partir de su investigación en Vitória, Bastos y cols. también destacan la importante contribución de la exclusión social a las altas tasas de homicidios en los hombres jóvenes negros en las zonas urbanas, así como el efecto de mitigación de la migración urbana. El patrón común que se observa es que los migrantes poco capacitados llegan con la esperanza de lograr niveles de vida más altos y mejores bienes de consumo, pero se ven relegados a los barrios pobres en las afueras de la ciudad donde la infraestructura básica es casi inexistente. Sin posibilidades de registrarse para recibir seguridad social o participar en el sistema formal de empleo, muchos se ven excludidos de la participación social y denegados sus derechos cívicos, servicios básicos y protección y, por lo tanto, a menudo sus derechos humanos. Así las cosas, los migrantes socioeconómicamente desfavorecidos son relegados por los sistemas sociales a una posición de vulnerabilidad en el Brasil urbano [27].

La provisión de servicios –ya sea policiales o de salud pública- también puede enfocarse desde una perspectiva de equidad. Las personas más vulnerables a la victimización violenta con frecuencia enfrentan los mayores obstáculos para adquirir servicios, o bien reciben menos servicios de parte de las instituciones públicas. De acuerdo con un estudio de casos del 2006 sobre homicidios cometidos en el estado de Mato Grosso do Sul, en la región Centrooccidental del país, 50% de todas las víctimas de homicidios no recibió asistencia de ningún servicio público de salud. La mayoría de los homicidios ocurrió en la franja suburbana, donde los servicios no han podido seguir el ritmo de crecimiento de la población producto de la migración interna [1].

Temas para la reflexión

Los hombres y las mujeres difieren en cuanto al uso de los servicios y a su disposición a buscar ayuda en situaciones de crisis. ¿En qué medida las diferencias de sexo pueden, en relación con las muertes por homicidio, ser la consecuencia final para los hombres que no buscan ayuda de los proveedores de servicios sociales, sanitarios y policiales?

Como lo demuestra el análisis de los datos, las mayores mejoras en las tasas de homicidios se han alcanzado generalmente en las regiones más ricas y desarrolladas, a saber, el Sudeste y el Sur, y en menor grado el Centrooccidente, que tiene una posición económica mixta. Por el contrario, el Nordeste, la región del Brasil más desfavorecida desde el punto de vista socioeconómico [5], ha tenido un mejoramiento menor en cuanto a las tasas de homicidios desde la promulgación de la ley de control de armas de fuego. El análisis demostró igualmente que las tasas de homicidios descendieron entre los blancos, pero cambiaron poco entre los negros. La región Nordeste, con una de las mayores poblaciones negras, continuó experimentando aumentos en sus tasas de homicidios. Además, la población negra del

Nordeste, como proporción del total de la población, no cambió durante el período de estudio, aunque creció en otras regiones. Por consiguiente, los aumentos de las tasas de homicidios en esta región no pueden atribuirse simplemente al crecimiento de una población negra marginada. La persistencia de las altas tasas y su aumento entre los negros pueden representar el fracaso de las políticas existentes para cambiar las inequidades sociales que son la base de la violencia entre los hombres y de los homicidios en algunas regiones. Por ejemplo, la violencia en torno a disputas de tierras en el Nordeste, y los patrones de emigración y el empeoramiento de la pobreza y la exclusión social en los centros urbanos, que afectan desproporcionadamente a los brasileños jóvenes, pueden requerir de un cambio social y sistémico, así como de respuestas que incluyan cambios en la socialización de los hombres.

Conclusiones e implicaciones de política

Los gobiernos municipales y nacionales en el Brasil han logrado avanzar en la reducción de las tasas de homicidios, principalmente mediante la ejecución de políticas dirigidas a controlar las armas de fuego y el consumo de alcohol. Aunque la eficacia de estas medidas ha quedado demostrada [8, 24], la falta de mejoramiento o el empeoramiento de las tasas de homicidios entre algunas subpoblaciones, en particular entre los negros y los residentes de las regiones socioeconómicamente desfavorecidas, indica la necesidad de definir estrategias de prevención de homicidios que aborden los problemas sociales y las inequidades subyacentes en el Brasil.

El análisis de género y diversidad aplicado en este estudio de casos ha mostrado qué más puede aprenderse acerca de los homicidios al considerar las normas sociales, las funciones y la ideología que inciden sobre los riesgos y la experiencia de los homicidios y la violencia. El hecho de que el género es un elemento fundamental de este análisis refleja su importancia y universalidad como principio organizador por el cual las personas perciben e interpretan su mundo, aprenden normas sociales que orientan su comportamiento o reciben poder para obtener recursos o ventajas que mejoran sus oportunidades de supervivencia. Cuando comprendemos cuán diferente es la experiencia de un homicidio para los hombres, mujeres, negros, blancos, jóvenes de la calle, migrantes urbanos o trabajadoras domésticas, adquirimos más información acerca de cómo intervenir en las condiciones, comportamientos y opciones sistémicas que generan vulnerabilidad en grupos que forman parte de una población más grande. Si bien es cierto que la planificación local, sustentada por la consulta a las comunidades, es la fuente más rica y válida de estrategias sensibles al género y la diversidad, este análisis puede plantear algunos aspectos pertinentes para la formulación de las políticas.

La bibliografía de la investigación revela que las deficiencias en la respuesta de salud pública al problema que representan los homicidios son generalizadas, y sin duda no exclusivas del Brasil. El no abordar las causas fundamentales de los homicidios y suponer que los hombres —que conforman la mayoría de las víctimas y de los autores de homicidios a nivel mundial— son natural e inevitablemente violentos han desincentivado la prevención [14]. Krienert agrega que las teorías que se refieren directamente a por qué los hombres cometen más delitos se han centrado sistemáticamente en características inherentes de las mujeres [16]. Las estrategias diseñadas para abordar la violencia comunitaria han procurado en la

mayoría de los casos ocuparse de los antecedentes, el entorno físico, controlar el acceso a las armas o al alcohol, o han propuesto cambiar el comportamiento de las posibles víctimas (por ejemplo, no caminar solo), lo que a menudo se refiere a las mujeres.

Stark afirma que los profesionales de la salud han descuidado los métodos preventivos de la violencia y que aproximadamente la mitad de homicidios podría prevenirse si se comprendieran mejor las raíces de la violencia interpersonal y se interviniera más temprano. Con base en una investigación entre estadounidenses negros de zonas urbanas, el autor argumenta que “los homicidios ocurren en su mayoría entre aliados sociales o tienen que ver con estereotipos de género, vienen precedidos por una serie de agresiones que los proveedores de servicios conocen, y surgen de una ‘participación social intensa’ acerca de los temas del control masculino y la independencia”. Además, los datos del autor indican que los negros no son más violentos que los blancos, pero tienen mayores probabilidades de morir como consecuencia de agresiones violentas, lo que puede resultar de la incapacidad de los profesionales para responder apropiadamente, sobre todo a las agresiones entre negros. Stark recomienda adoptar una estrategia que incluya los sistemas de justicia penal y de servicios de salud y que combine las sanciones contra la agresión interpersonal, el control de armas de fuego y el empoderamiento de las víctimas de la violencia [28]. Esta investigación y sus lecciones pueden resultar pertinentes para el Brasil, ya que con ella se ha mostrado que la aserción masculina del control y la defensa del honor predomina como motivos para cometer un homicidio [13] y se ha afirmado la necesidad de mejorar el acceso a los servicios en los límites de los grandes centros urbanos y mejorar la capacidad de respuesta de los proveedores de servicios para la población urbana pobre predominantemente negra [1, 11].

La planificación debe también contemplar intervenciones a nivel de la sociedad, en lo cual el gobierno brasileño ya ha tenido cierto progreso (véase el recuadro). En opinión de Nachif, las estrategias de prevención de homicidios no estarán completas si no se transforman las estructuras sociales para responder mejor a los entornos en los cuales las víctimas de los homicidios, al igual que los homicidas, se hacen vulnerables a la privación, el racismo y la exclusión social [1]. Etienne Krug, director del Programa de prevención de la violencia y los traumatismos y discapacidad de la Organización

Las políticas sanitarias y sociales para enfrentar los riesgos de homicidios

Como parte del Plan Nacional de Salud del Brasil, el Ministerio de Salud y la Secretaría Especial de Políticas para Promover la Igualdad Racial están colaborando en la definición de estrategias para abordar el tema de la salud de la población negra, con la intención de promover la igualdad racial [5].

Mundial de la Salud, sostiene que aunque el control del acceso a las armas de fuego ha arrojado resultados impresionantes en algunas regiones, y si bien el fortalecimiento de los sistemas policial y de justicia es una parte importante de toda planificación integrada, es menester realizar la prevención primaria de los homicidios. Las mismas herramientas que se aplican a todos los problemas de salud pública deberían aplicarse a los homicidios. A nivel de la sociedad, estas estrategias podrían dirigirse

hacia la reducción de la pobreza y la desigualdad, tanto en cuanto al ingreso como en cuanto al género, mejorar la educación y atender la exclusión social [14].

La investigación ha indicado una falta de confianza del público en el sistema de justicia penal del Brasil y los perniciosos efectos de las acciones parapoliciales sustentadas en el racismo y la discriminación contra los jóvenes de la calle [11]. Las autoridades policiales han avanzado en la confrontación de la violencia de género en el Brasil desde los años ochenta, cuando se crearon las estaciones policiales especializadas en atender a las mujeres víctimas de la violencia. Sin embargo, las mujeres brasileñas esperan recibir mayor apoyo del gobierno en áreas como la educación, el cuidado infantil, mayores oportunidades para obtener empleos bien remunerados y la eliminación de la discriminación de la mujer en el sistema judicial [10]. De acuerdo con Itani, todavía en 1997, los hombres que asesinaban a sus esposas por sospechar que habían sido infieles eran absueltos con el argumento de que el esposo actuaba en defensa propia de su honor [10]. Por lo tanto, el cambio sistémico debería incluir además reformas al sistema de justicia penal para aumentar su eficacia y abordar los problemas de corrupción y discriminación en razón de género, raza, clase y edad.

Aprovechando el trabajo que se inició en los años sesenta, se tiene una buena comprensión del efecto de los rasgos masculinos socializados sobre la violencia [16], pero también deben adoptarse medidas al respecto. La respuesta a la violencia debe incluir el cambio en el modelo de la socialización de los hombres [6]. Forbes proporciona un modelo de programa de orientación en los Estados Unidos que enseña a los niños y las niñas a que se identifiquen menos con las definiciones intolerantes y opuestas de masculinidad y feminidad [18]. Un estudio similar realizado con hombres jóvenes heterosexuales en un vecindario pobre de Río de Janeiro examinó la posibilidad de trabajar con hombres jóvenes “equitativos en cuanto al género” para que sirvieran de modelos que los niños quisieran imitar y crear conciencia sobre los costos o las consecuencias de la masculinidad tradicional (por ejemplo, violencia doméstica, violencia de pandillas). El estudio determinó los factores que contribuyen a formar hombres más equitativos en cuanto al género y los obstáculos que existen a nivel institucional para colaborar con los hombres en cuestiones relativas al género, incluidos los puntos de vista negativos que sobre los jóvenes sostenía el personal del programa [29]. Medrado y Lyra proponen una respuesta de amplio espectro que abarca escuelas primarias, unidades de salud pública, el sistemas de justicia y seguridad pública, empleadores, entes del gobierno, así como programas para los jóvenes, con los que se buscaría la participación directa de los hombres jóvenes en los debates sobre desigualdad en materia de género, el fomento de la resolución no violenta de conflictos, la responsabilidad del cuidado infantil y la salud sexual y reproductiva [6]. Las estrategias que ayuden a los hombres jóvenes a encontrar oportunidades para expresar de forma positiva identidades masculinas (por ejemplo, mediante el empleo, un matrimonio y una paternidad exitosos) que se premian con la aceptación de otros hombres representan la opción más prometedora para la prevención del comportamiento violento [16].

Referencias

1. Nachif, Maria Cristina Abraão. (2006). Homicide as a public health problem in the city of Campo Grande, Mato Grosso do Sul, Brazil. *Psicol. Soc.* [en línea], 18(2): 99•104. Se puede encontrar en: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102•71822006000200013&lng=en&nrm=iso>. ISSN 0102•7182. doi: 10.1590/S0102•71822006000200013.
2. Mercy, J. A., Krug, E.G., Dahlberg, L.L., Zwi, A.B. (2003). Violence and Health: The United States in a Global Perspective. *Am. J. Public Health*, 93: 256-261.
3. Pan American Health Organization. (2005). *Statistics on Homicides, Suicides, Accidents, Injuries, and Attitudes towards Violence*. Consultado el 15 de julio del 2009 en: <http://www.paho.org/english/hcp/hcn/vio/violence-graphs.htm>
4. World Health Organization. (2002). World Report on Violence and Health. Edited by Etienne G. Krug, Linda L. Dahlberg, James A. Mercy, Anthony B. Zwi and Rafael Lozano. OMS, Ginebra, Suiza. Consultado el 15 de julio del 2009 en http://whqlibdoc.who.int/publications/2002/9241545615_eng.pdf
5. Pan-American Health Organization. (2007). Health in the Americas, 2007; Volume II-Countries, Brazil. Washington, DC: OPS, 2007.
6. Medrado, B. & Lyra, J. (2003). Men, masculinities and gender violence. United Nations, Expert Group Meeting on “The role of men and boys in achieving gender equality” 21–24 de octubre del 2003, Brasil. Consultado el 28 de mayo del 2009 en: <http://157.150.195.10/womenwatch/daw/egm/men-boys2003/OP3-Medrado.pdf>
7. World Health Organization. 2007. International Classification of Disease (ICD–10). Consultado el 8 de junio del 2009 en: <http://apps.who.int/classifications/apps/icd/icd10online/>
8. De Souza, M.F.M., Macinko, J., Alencar, A.P., Malta, D.C., Neto, O.L.M. (2007). Reductions in firearm-related mortality and hospitalizations in Brazil after gun control. *Health Affairs*, 26(2): 575–584.
9. De Souza, M.F.M., (n.d.). Assessment of the Completeness of Death Registration and the Validity of Reported Causes of Death in a Representative Sample of 7 Brazilian States. A Preproposal (Sin publicar).
10. Itani, A, & Volpe, W. (2004). Women Faced with Violence: A View on Skin Colour in Brazil. Interdisciplinary Research Series in Ethnic, Gender and Class Relations. Pan–African Issues in Crime and Justice. Editores: Antia Kalunta–Crompton & Biko Agozino. Pag. 121–134.
11. Huggins, M., de Castro M.M.P. (1996). Exclusion, civic invisibility and impunity as explanations for youth murders in Brazil. *Childhood*, 3: 77–98.
12. Brazil jails peasant massacre officer. (2002, May 16). *BBC News*. Consultado el 15 de julio del 2009 en <http://news.bbc.co.uk/2/hi/americas/1991281.stm>

13. Sant'Anna, A.R., Lopes, M.J.M. (2002). Homicides among teenagers in the city of Porto Alegre, Rio Grande do Sul State, Brazil: vulnerability, susceptibility, and gender cultures. *Cadernos de Saúde Pública*. 18(6). Consultado el 9 de junio del 2009 en: http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0102-311X2002000600003&script=sci_arttext&tlng=en
14. Eberwine, D. (2003). The Violence Pandemic; How Public Health Can Help Bring it Under Control. *Perspectives in Health Magazine*. The Magazine of the Pan American Health Organization [en línea]. 8(3). Consultado el 9 de junio del 2009 en: http://www.paho.org/English/DD/PIN/Number18_article1.htm
15. Möller–Leimkühler, A.M. (2003). The gender gap in suicide and premature death or: why are men so vulnerable? *Eur Arch Psychiatry Clin Neurosci*, 253: 1–8.
16. Krienert, J.L., (2003). Masculinity and Crime: A Quantitative Exploration of Messerschmidt's Hypothesis. *Electronic Journal of Sociology*. ISSN: 1198 3655. Descargado el 5 de junio del 2009 de http://www.sociology.org/content/vol7.2/01_krienert.html
17. Brooks, G.R. (2001). Masculinity and Men's Mental Health. *Journal of American College Health*, 49(6): pag 285, 13pag.
18. Forbes D. (2003). Turn the wheel: integral school counseling for male adolescents. *J Counseling and Development*, 81: 142–149.
19. Mageo, J.M. (2005). Male gender instability and war. *Peace Review: A Journal of Social Justice*, 17:73–80. Consultado el 10 de junio del 2009 en: http://pdfserve.informaworld.com.libproxy.uwinnipeg.ca-245906_731200427_741393262.pdf
20. De Oliveira, J.B.L. (2000). Deconstructing 'machismo': Victims of 'machismo ideology' dominating in Brazil. Paper prepared for delivery at the 2000 meeting of Latin American Studies Association. Miami, USA, 16-18 de marzo del 2000. Puede encontrarse en <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/DeOliveira.PDF>
21. Glick, P., Sakalli–Ugurlu, N., Ferreira, M.C., de Souza, M.A. (2002). Ambivalent sexism and attitudes toward wife abuse in Turkey and Brazil. *Psychology of Women Quarterly*, 26: 292–297.
22. Maxim, P.S. & Keane, C. (1992). Gender, age, and the risk of violent death in Canada, 1950–1986. *Canadian Review of Sociology*, 29(3):329–345.
23. Archer J. (2006). Cross–cultural differences in physical aggression between partners: A social–role analysis. *Personality and Social Psychology Review*. 10(2) 133–153.
24. Duailibi, S., Ponicki, W., Grube, J., Pinsky, I., Laranjeira, R., & Raw, M. (2009). The effect of restricting opening hours on alcohol–related violence. *American Journal of Public Health* 97(12):2276–2280.
25. Centers for Disease Control and Prevention (2004). Homicide trends and characteristics—Brazil, 1980–2002. *Morbidity and Mortality Weekly Report*, 53(8), 169–171.

26. Garwood, S. (2002). Working to Death: Gender, Labour, and Violence in Ciudad Juárez, Mexico. *Peace, Conflict and Development, and Interdisciplinary Journal* [en línea], 2(2). Consultado en <http://www.peacestudiesjournal.org.uk/docs/working2.pdf>
27. Bastos et al. (2009). Ecological analysis of accidents and lethal violence in Vitória, Southeastern Brazil. *Rev. Saúde Pública*, 43(1). Puede encontrarse en http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0034-89102009000100016&script=sci_arttext&tlng=en
28. Stark E. (1990). Rethinking homicide: violence, race, and the politics of gender. *Int J Health Serv.*, 20(1):3-26.
29. Barker G. (2000). Gender equitable boys in a gender inequitable world: reflections from qualitative research and programme development in Rio de Janeiro. *Sexual and Relationship Therapy*, 15(3): 263-282.